

Pérdidas de inocencia

LUIS PASARA

Como todo joven de mi edad, crecí entre perfiles sumamente nítidos del bien y el mal. Aparte de Dios, encarnaban el bien una serie de símbolos; entre ellos estaba la libertad y la sociedad privilegiadamente libre: los Estados Unidos. El mal era el pecado, según me enseñaron religiosamente. Pero mi padre y la lectura de **El Comercio** me hicieron identificar también el mal en el aprismo y en el comunismo. Confieso haber absorbido las mismas historias terribles sobre la república española, que Antonio Cisneros escuchó de los curas de su colegio. Y confieso haber devorado con mi avidez de adolescente la versión que **Selecciones** ofrecía acerca de "la Cortina de Hierro".

Con el tiempo, todas esas certezas se fueron desdibujando. En lo que se refiere a las de naturaleza política, fue la Revolución Cubana la que se encargó de revelarme, poco a poco, el otro rostro norteamericano: el de la discriminación racial y la pobreza interna, y el del imperialismo. Tuve entonces que releer la historia contemporánea que había malentendido en las agencias de noticias yanquis. Me enteré de las invasiones norteamericanas en Centroamérica y de las relaciones umbilicales entre Washington y Batista, Trujillo o los Somoza.

Sentí vergüenza por mi candor infantil. Me sonrojé al recordar la forma en que me acongojara el asesinato de John F. Kennedy, el hombre de rostro bon-

dadoso y gesto amplio que -sin yo saberlo- había dado el visto bueno a la invasión contra Cuba, en Bahía de Cochinos. Entendí cómo el capitalismo fabricaba una ideología de exportación, basada en lo atractivo y noble de la libertad. Y supe recién que contaba con un poderoso aparato de propaganda, del cual muchos bebíamos inocentemente. Luego vinieron a aleccionarme escándalos como el Plan Camelot y la financiación gringa al Congreso por la Libertad de la Cultura. Había que estar alerta a la acción de la CIA.

Sin saberlo, en el mismo proceso de pérdida de mi primera inocencia, fui adquiriendo una nueva. Unos "buenos" fueron sustituidos por otros. Y así como a mis diez o doce años me emocionaban los héroes gringos en Corea, a los veinte me impactaron los guerrilleros que se inmolaron en varios países latinoamericanos. Con respeto oí a Fidel en Radio Habana y leí los textos de El Che. Más aún, llegué a convencerme de que en las sociedades de Europa Oriental había más justicia que en sus similares occidentales. Arribé al extremo de aceptar tácitamente que era mejor tener asegurado el pan, aunque uno no pudiese saltar el muro.

Nunca me entusiasmó la Unión Soviética, pero debo decir que China me fascinó. El eje de esa fascinación giró en torno a una forma de organizar la vida social, en la cual el logro individual requería el logro colectivo. Además, su



propuesta de "revolución cultural" era lo más cercano a la utopía que jamás hubiese tomado cuerpo en la realidad. Y aunque no pude aprobar su cordial relación con el régimen de Pinochet y no me enteré entonces de muchas cosas que luego se han hecho públicas, al visitar ese país, a los treinta años, me pareció que un socialismo así era aquello a lo que debíamos aspirar realísticamente desde países como el nuestro.

No puedo ubicar claramente cuándo se empezó a desgarrar el velo de esta segunda inocencia. Quizá fue al enterarme de lo ocurrido en la Unión Soviética durante los años de Stalin. O acaso fue mucho más tarde, cuando constaté directamente entre los dirigentes de izquierda nuestra que el estalinismo no había muerto, sino que era una pesadilla viva en cada partido marxista-leninista. Probablemente, a la pérdida de la inocencia sustituta contribuyó tempranamente la invasión soviética a Checoslovaquia, y le dieron luego evidencias definitivas la ocupación de Afganistán, la guerra entre Vietnam y China, y los horrores del régimen polpotiano en Camboya.

Lo que puedo declarar es que, hoy, a los 38 años, he perdido completamente esa nueva inocencia, sin haber regresado en nada a la primera. A golpes morales y severas desilusiones he venido a entender que el bien y el mal no son categorías que coinciden con posiciones políticas. Y que, así como las diferencias entre derechas e izquierdas en el

Perú no son diferencias esencialmente morales, tampoco el bien y el mal tienen asiento exclusivo en Washington, La Habana o Pekín.

Al escribir esto vuelvo a avergonzarme. Me sonrojo por haberme tomado tanto tiempo para llegar a ver ambos lados de la moneda. Y quizá, al declarar en público este proceso personal, esté intentando ahora una suerte de exorcismo contra mi ingenuidad.

Haber tomado distancia, haber podido distinguir matices, resulta reconfortante sólo intelectualmente. Porque al haber perdido dos veces la inocencia, uno padece de perplejidad y se ve atacado ineludiblemente por el escepticismo.

Ver los dos lados impide, a veces, tomar opciones. Es como si la lucidez tuviera un efecto paralizante. Sospecho que a muchos intelectuales les ocurre esto respecto al fenómeno Sendero Luminoso, por ejemplo. Un escepticismo distante resulta entonces un buen alojamiento, que es diariamente aconsejado por múltiples hechos de la realidad.

Pero el escepticismo no tiene nada de satisfactorio y, además, habitándolo, hace falta vencer constantemente la tentación del cinismo, que vimos tan extendido entre nuestros mayores. Cinismo de acomodo, "porque no hay nada que pueda hacerse". O cinismo de desilusión absoluta y descreimiento, "porque nada es posible".

Como el enamorado varias veces traicionado, a estas alturas, a muchos nos resulta muy difícil volver a profesar entusiasmo político alguno. Se resiste uno a caer en la ilusión que a la postre resulta ser otra inocentada. Y así, de pronto, uno se percibe precozmente envejecido.

Me pregunto, finalmente, cómo hacen los jóvenes de hoy, para quienes -en una sociedad en crisis, como ésta- nadie cultiva ya las certezas conocidas. Tal vez esto explique la exitosa difusión de las drogas entre ellos, como forma de prescindencia del bien y del mal. Y acaso en eso mismo resida la clave de convocatoria de Sendero Luminoso entre los jóvenes: una nueva certeza aparente, formulada para tiempos como los que vivimos.

Un abrazo, José María

Me divisó antes que yo a él. A unos diez metros de distancia, ensayó una sonrisa enorme. Vino hacia mí con los brazos extendidos.

ces desde chico. Y no vayas a creer que a los treintitantos, uno comienza a cambiar. Lo que ocurre...

Y pasó a explicarme sus razones: un

EDUARDO
GONZALEZ
VIAÑA